

CRUZANDO EL AMANOGAWA

Patricia López-Ortuño



Editorial
Hijos del Hule



Cruzando el Amanogawa

Patricia López Ortuño

Editorial Hijos del Hule - Colección Alambique

© Editorial Hijos del Hule, 2016

© Patricia López-Ortuño, 2016

Imagen de cubierta: Samantha López

1ª edición digital

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo del los titulares de la propiedad intelectual.

Aula de Escritores - Editorial Hijos del Hule

Sant Lluís 6, bajos - 08012 Barcelona

E-mail: info@auladeescritores.com

www.auladeescritores.com

www.hijosdelhule.com

PRÓLOGO

Luces rojas, luces amarillas y blancas parpadean intensamente. Aunque tengo los ojos cerrados, su intensidad me atraviesa los párpados y puedo notar sus cambios de ritmo. La música terriblemente fuerte, en el límite de los decibelios legales. Mi tórax vibra y la comunión entre las notas Tecno y mi cuerpo es casi perfecta. La melodía sintética me acaricia el cuello y me besa en los labios. Pocos chicos han conseguido excitarme así. La gente hipnotizada bajo el ritmo me zarandea y me dejo llevar por la ola de zombis embriagados hacia ningún lugar.

Ahora estamos a solas la música, yo y una dosis de éxtasis de nombre impronunciable. Se podría acabar el mundo que yo seguiría bailando. Mi cerebro contaminado no tiene lugar para otra sensación que no sea la de seguir disfrutando. No me acuerdo de mi padre, he olvidado la frustración y he dejado el miedo en el guardarropía por unos dos euros.

Unas horas en el paraíso que se disipan a las ocho de la mañana. La luz del amanecer, con una insolencia sin igual, me despierta y me enseña el borde de mi abismo particular que la negrura de la noche me ha ocultado por unos narcotizados minutos. Me duele la cabeza, la mandíbula y el orgullo. Imbécil de mí, ¿cuánto tiempo más pretendes seguir bailando a espaldas de tu vida?

Necesito un café, algo de comida y un Espidifén.

De momento.

CAPÍTULO 1

La Constelación de Lyra

Constelación de no muy grandes dimensiones fácilmente identificable por su estrella más importante: Vega. Brillante estrella azulada a veintisiete años luz de la Tierra, vértice del denominado "Triángulo de Verano".

Un nuevo domingo se despreza entre las calles de Barcelona. Un invierno cálido arrulla las aceras estrechas del barrio mientras lo abandono y la luz amarillenta acaricia sus esquinas. Esta mañana parece que todo está en paz. Los ruidos de la calle son débiles y llegan atenuados a mis oídos. He dormido ocho horas y mi paso es firme. Miro las caras de la gente y adoro imaginar la historia que están paseando esta bonita mañana.

Siempre me ha gustado observar a las personas y mi trabajo sirviendo copas de noche me está convirtiendo en una espectadora privilegiada del comportamiento humano, por llamarlo de alguna manera. Ya de pequeña miraba de forma impertinente y fija a las señoras del mercado mientras acompañaba a mi madre. «Vega, no seas tan maleducada» me decía ella en voz baja. «¡No te puedes quedar embobada mirando a la gente, eso molesta!».

Por supuesto que a mis veinticinco años intento ser más disimulada. Pero si mi madre estuviera a mi lado ahora, me daría un golpe con su codo. Siempre preocupándose por mí y por los demás. Así es ella, una madre al cuadrado.

Si existiera el decálogo de cómo debe ser una madre, aparecería una foto de la mía con un pie de página: "*mater-habilidus*".

Siempre se comía la pechuga seca de aquel pollo que preparaba los domingos y que nadie quería o el trozo de carne que había quedado más duro. Es decir, lo que restaba después de haber alimentado a su manada. Como toda madre que se precie, tenía un grave problema con las medidas a la hora de repartir la pieza cazada en la sabana. La cantidad administrada era inversamente proporcional a nuestro tamaño. Ninguna presa era lo suficientemente rápida para escapar de las fauces de la leona, que sacaba las uñas y protegía a sus cachorros.

Recuerdo el olor a lejía en sus manos y la tristeza en sus ojos. La recuerdo en la mesa de la cocina, hipnotizada por la tristeza. Congelada tras conocer la noticia de la muerte de mi padre. No derramó una sola lágrima durante días, cosa que nos desconcertaba y enfadaba a mi hermano y a mí. La llegué a odiar esos días por no llorarle. ¿Quién demonios se creía que era? ¿Acaso no quería a mi padre?

El dolor la paralizó durante la primera semana. Días después empezó a llorar.

Estoy convencida de que todavía hoy lo debe hacer a escondidas, pues si la pérdida de mi padre se midiera en centímetros cúbicos, a mi madre le deben quedar unos cinco litros de lágrimas. Seguro que encuentra un rincón para derramarlas en su flamante casa nueva.

Nunca volvió a ser la misma. Una parte de ella se la llevó mi padre y otra parte las pastillas que no ha dejado de tomar desde entonces. Joder, he comprado mierdas a las cinco de la mañana que colocan menos que sus pastillas rosas. Yo bebo más de la cuenta y me dejo ensordecir por la música.

sica de los locales de mala muerte, pero ella dobla la dosis de sus recetas y deja su intelecto en *stand by* entre capítulo y capítulo de su telenovela favorita o los sábados por la noche viendo como los famosos venden casquería barata en “prime time”. En el fondo no somos tan diferentes.

Las calles cada vez son más anchas y los portales tienen otro aspecto. Estoy cerca ya de su casa. No puedo evitar sonreír al comparar el portero automático de la finca con mi viejo interfono lleno de pegatinas, mensajes de amor grabados con el filo de una llave y restos de chicle pegados. El de mi madre es insultantemente nuevo y con un sinfín de pisos, áticos y sobreáticos.

—Buenas tardes, Vega.

La voz de actor de doblaje me saluda. El marido de mi madre, un tipo elegante, abre la puerta. Un señor maduro al que la vida le ha tratado bastante bien, o eso parece a juzgar por todo lo que le rodea. Un salón ostentoso con piezas extravagantes y de dudoso gusto delatan un pasado más modesto.

Un hombre listo con éxito, según mi madre. Un cabrón sin escrúpulos, según mi hermano. Un simple especulador inmobiliario con amigos hasta en el infierno, donde conoció a mi madre. Este es el tipo que se acuesta con ella, que ahora entra en el salón.

Con su aspecto actual podría fácilmente protagonizar la portada del “HOLA”: «Estrella García nos muestra su hogar», rodeada de horteradas y con revistas de decoración escrupulosamente colocadas sobre la mesa de madera contrachapada.

Mi madre se acerca y me besa en la mejilla. Ha cambiado su aroma de limpiador de baños por un “Yves Saint Laurent”. Reconozco que está espectacular y encaja en su papel a la perfección y con el *atrezzo* de su casa, pero los ojos de Estrella siguen siendo los que vi hace años en esa cocina.

«¿Estás más delgada? ¿Has desayunado bien? ¿Qué tal en el trabajo? ¿Y aquel chico de la última vez?». Es capaz de formular más de diez preguntas seguidas sin respirar y, lo mejor de todo, sin esperar respuesta. Este es el saludo de mi madre.

—Bien, mamá, bien.

Me hundo en el sofá y espero a que la comida esté lista. Mis piernas están cansadas, para no variar, y siento un hormigueo en la planta de mis pies. Las horas de pie trabajando en el Pub y las sesiones de baile sin fin pasan factura.

Su marido, sentado ahora en el sillón de la derecha, ojea la prensa deportiva y la sacude de vez en cuando para poner firmes las hojas sin cambiar de postura. Es un sonido que me resulta molesto. Todo en realidad me resulta molesto cerca de él.

Mi madre está en la cocina y yo jugueteo con sus revistas de súper-mujeres. El *must have* del otoño, un bolso de dos mil euros que además es feo, fotos de chicas imposibles, el multi-orgasmo, reportajes de lugares lejanos e idílicos a los que nunca podré ir y mi madre tampoco... Intento distraerme entre tanta sandez y dejar de sentir su mirada. Noto como clava sus ojos en mi perfil. Lo hace por encima de las hojas ruidosas de su revista, pero noto su intensidad como si lo hiciera a diez centímetros de mi nariz.

Me incomoda, me marea y me aterroriza.

Intento no perder la objetividad. Creer que este temor no es más que una neurosis. Un individuo intentando ocupar la figura paterna arrebatada de forma traumática. Nada que en dos sesiones de terapia psicológica no se pueda desmontar.

Pero el espacio físico que me separa de él se convierte en una barrera infranqueable. Un muro invisible convierte en una odisea entablar una conversación. Un campo magnético le rodea y me repele. Me desconcierta el timbre de su voz que debí escuchar en algún otro lugar, como si de un *déjà vu* se tratara, me invade de nuevo la aprensión.

—¡La comida ya está lista!

Mamá salvándome de nuevo.

Nos dirigimos a la cocina, sin duda el mejor rincón de la casa. Mientras llena tres copas de vino intento despojarme de la angustia. Las notas de roble y frutos rojos que ahora habitan en mi paladar me calman como a un recién nacido succionando la leche materna. Dejo que el caldo color rubí y teja se deslice por mi garganta.

Ahora todo está más sereno, incluso la luz de la cocina se ha hecho más amable.

Miro al marido de mi madre, que ahora examina los taninos de su gran copa de cristal a través de esta misma luz y, creyéndose un experto enólogo, frunce el ceño. Parece que interpreta algo en los surcos de la copa, pero solo lo parece.

Con su gesto humano, siento ahora más lejos esa animadversión. Quizás mi amiga Candela tenga razón. Mi afición a los ácidos algún que otro fin de semana está alterando mi percepción de la realidad.

Nos acomodamos en la isla central de la cocina, acerco el taburete y dejo mi copa de vino ya medio vacía. El ritual de preguntas sobre mi presente y futuro se repite en un bucle sin salida, ya que mis respuestas son siempre las mismas. Adoro a mi madre, pero no sé si es la edad o la preocupación por mí lo que la ha convertido en una mujer tan pesada.

Su marido asiente con la cabeza la colección de frases hechas que mi madre va repitiendo:

—Es que hija, siempre has sido culo de mal asiento, cada noche por ahí —prosigue—. Llegas a las mil ¡Y seguro que duermes fatal!

—Es un trabajo, maaaaa —contesto lentamente, como cuando aleccionas a un niño.

—Un trabajo, un trabajo... Y esa manera de echar tu futuro por la borda, dejando tus estudios —continúa, por supuesto, sin escucharme.

—... y todo el día en las nubes, con tu cabeza vete a saber dónde, con esta carita de pocos amigos. Hija, a veces parece que no estás ¿desde cuándo te tiñes el pelo de negro? Si pareces más enfadada todavía...con lo bonito que es tu color castaño claro. Y este aspecto, tan blanca y delgaducha. Antes estabas más gordita, más sana.

—Sí, claro, mamá —cambio el tono—. A tu lado, con veinte kilos más y el colesterol por las nubes. ¡¡No te jode!! —replico.

Entonces su marido me mira, como lo hace en otras ocasiones.

Aprovecha el momento de desaprobación general de mis palabras para acecharme con su mirada contaminada. Sé que en el fondo no le importa absolutamente nada lo que dice mi madre y menos lo que digo yo.

Pero yo sé distinguir este tipo de mirada. Muchos hombres la emplean para conseguir algo más que una copa cuando estoy detrás de la barra. Solo existe una gran diferencia. Con los demás puedo sortear la situación, incluso dejarlos en ridículo o seguirles el rollo. Con Fernando solo puedo esperar, muerta de miedo, que decida mirar hacia otro lado.

Hundo mi ánimo en la lasaña casera mientras ellos siguen hablando. Soy incapaz de concentrarme en la conversación. Me pregunto cómo mi madre no se da cuenta de qué clase de personaje ocupa el otro lado de su cama. Quizás su cocina de ensueño no le deja ver más allá de sus narices. O el salón, parecido a los que ella limpiaba antes, le nubla la razón.

—¡¡Que si quieres café, Vega!! —por el elevado tono y la cara de mi madre, parece que no es la primera vez que me lo pregunta.

—¿Eh? ¿Qué? Café.... Sí, gracias —contesto mientras mi madre resopla.

—Lo que te digo yo... ¡Estás en Babia!

Por un momento se hincha, conocedora de poseer la razón. Sigue rezando cosas sobre mí en voz baja y entre los ruidos de los platos entrando en el lavavajillas reconozco algún resoplido.

La escena empieza a adquirir tintes melodramáticos, el género preferido de mi madre, y decido levantarme.

No tengo la intención de ayudarla a recoger la cocina. La colección de reproches sobre mi aspecto y mi futuro ha sobrepasado la dosis diaria recomendada. Me llevo la pequeña taza de café a la terraza de su ático e intento disfrutar de los últimos minutos cálidos de esta ya tarde de febrero.

Los tejados de Barcelona saturan el paisaje y las miles de antenas afiladas arañan el cielo. El día es despejado, pero una nube de contaminación viste la ciudad. Hace semanas que no llueve y una niebla ligeramente marrón reposa sobre la orilla de la playa. La tarde se consume y me asalta la melancolía.

Triste como un niño frente a su plato de acelgas.

Me acomodo en la hamaca de mi madre y me llaman la atención sus flores. Cuida su pequeño jardín con dedicación y lo conserva incluso en invierno. Mi mirada se pierde entre sus macetas y desaparezco del mundo por un instante. Las violetas tienen un color insolente.

CAPÍTULO 2

La Estrella Circumpolar

Estrella que vista desde una latitud dada en la Tierra, nunca se pone. No llega a desaparecer bajo el horizonte debido a su proximidad a uno de los Polos Celestes. Las estrellas circumpolares son, por lo tanto, visibles desde dicho lugar todas las noches del año. También lo serían de día si no fueran ocultas por el resplandor del sol.

Château de l'Étoile, valle del Loira, 1659

Las esencias florales inundaban su nariz pequeña. Las azucenas, las rosas y las violetas tenían un color insolente aquel abril de 1659. Adoraba corretear por el jardín y reparar con sus manos las figuras esculpidas en los arbustos. Mientras sorteaba los obeliscos vegetales que rodeaban el pequeño palacio, regresaba por unos instantes a su hogar.

El edificio no ostentaba ser el más imponente del valle, pero nadie podía negar que sus formas renacentistas legaban un placer visual a todo aquel que se atrevía a contemplarlas.

Saltando los escalones de dos en dos, escalaba traviesa hacia la entrada. Sus manos blancas sostenían su vestido largo y pesado, dejando entrever sus pies inquietos.

Una vez dentro, intentó bruscamente cambiar su gesto para no llamar la atención sobre sus compañeras, que habían girado ya la cabeza hacia sus pasos.

—¡Viviane! ¿No te educó tu madre en el caminar? ¡Jamás vi a una joven corretear como un chiquillo!

—Disculpe, Anne, siento interrumpir en su menester —contestó mientras, con un gesto reverente, continuó su camino.

Abandonó la estancia, dejando atrás el olor de la lavanda y el jabón. Ella sabía que era la protagonista de los susurros y las risas de las mujeres en la lavandería, que enmarañaban con sus rumores la primavera nueva de Viviane.

Continuó por el pasillo hasta llegar a su dormitorio, empujando con ímpetu la pesada puerta de madera.

Ni la modesta estancia, ni la penumbra que la asolaba, podían ensombrecer el éxtasis que la ocupaba en cada rincón de su cuerpo. Ella era el centro del universo, y en su universo solo existía él. Sus mejillas se sonrojaban con solo pronunciar su nombre. No supo cuánto tiempo pasó sumergida en el pensamiento. Recorriendo el perfil de Jacques con su mente olisqueaba el jazmín, hasta que alguien golpeó su puerta.

—Pequeña, debes ir preparando el baño de la Señora. Bendito el día que caíste en las garras de Eros, ¡Porque con él se quedó tu sensatez!

A pesar de sus palabras, Anne la trataba como una hija. Fue su instructora y todavía hoy la aleccionaba en las duras labores del castillo.

—No por más fuerte golpear se harán tus palabras entender —bromeó mientras se desperezaba.

Escondió sus rizos rojos bajo el pañuelo, ajustó el corsé que la oprimía y se dirigió hacia los aposentos de su Señora, Diana de Bovier.

Diana, viuda desde los treinta y uno, mantenía una belleza aristócrata y un halo de enigma a su alrededor. Vestía desde entonces prendas negras y blancas, pero el erotismo que rebosaba a sus cuarenta años de edad no dejaba a nadie indiferente. Administradora inteligente de su herencia y fortuna, ocupaba el castillo del valle de Loira, en el que Viviane trabajaba no hacía mucho.

Aficionada a la caza, coleccionaba figuras de bronce con formas de animales. Incluso llegó a retratarse como cazadora, desnuda con un arco en sus manos, emulando a las diosas del Olimpo. El impresionante lienzo colgaba del salón principal. La imagen de Diana se extendía sobre Viviane y se tornaba cóncava, creando una bóveda asfixiante sobre ella y sobre el castillo. Solo viendo su retrato ya se podía adivinar el poder que poseía.

Viviane preparaba su baño de manera litúrgica. Mezclaba el jabón con el agua caliente y disolvía unas gotas de perfume concentrado. No podía evitar deleitarse con todo aquel ritual, pues, incluso en la corte, la higiene personal por aquel entonces era prácticamente nula, pero la obsesión de la Madame por su belleza y la eterna juventud la llevaba más allá de las costumbres de la época. Viviane introducía a escondidas su dedo índice en el elixir y humedecía su escote, mucho menos generoso que el de su Señora. El olor de aquellas flores le recordaba a la manos de Jacques.

—Puedes retirarte.

La presencia de Diana llenaba siempre la estancia.

—Sí, Madame —contestó con la mirada en el suelo. La mezcla de miedo y admiración que sentía por ella la confundía y no siempre encontraba las formas exactas de protocolo.

Viviane, de origen humilde y padres campesinos, intentaba adaptarse a su nueva vida. Echaba de menos terriblemente a su madre y en muchas ocasiones se sentía ajena a su nueva existencia.

La vida en el castillo seguía el ritmo de una melodía desconocida para la joven labriega. Todavía guardaba gestos de su infancia y los acontecimientos que rodeaban al castillo y a sus gentes fácilmente escapaban a su comprensión.

Su rostro redondeado le daba un aspecto infantil y contrastaba con la sensualidad de su boca. Su piel era completamente blanca y miles de pecas color naranja invadían su cuerpo. Sus hermanos se burlaron de ella mientras Viviane no levantó más de un metro del suelo, pero cuando empezó a crecer no tuvieron más remedio que rendirse a la evidencia. Los pigmentos de su dermis la convertían en una hermosa joven que desprendía belleza por cada poro de su pálida piel.

Pero ella seguía odiando sus pecas.

Los chicos con los que compartió su infancia siempre pensaron que Viviane sabía a leche y azúcar, pues desprendía un olor dulzón, mezcla de su particular sudor y los aromas de los que se impregnaba al ayudar a su madre en la cocina.

Sus ojos tenían un color impreciso. Su transparencia recordaba a la del cielo temprano instantes antes de volverse completamente azul. Mirarte en ella era como sentir un aire templado, gotas de lluvia en una ventana y libros abandonados.

Su entrada en el pequeño palacio fue todo un acontecimiento, sobre todo para la fracción masculina. Incluso Florián, el hijo de Diana, reparó en ella. No era habitual que el muchacho se dignara a mirar a alguien no perteneciente a su estatus. Solo giraba su rostro hacia la servidumbre para recriminar o menospreciar su trabajo.

Pero quien se plegó completamente a la presencia de Viviane no fue otro que Jacques.

Jacques aprendió el oficio de la jardinería de la mano de su padre. No era el más remunerado, sin duda, pero en el valle abundaban los pequeños castillos y fortalezas, y estos requerían un cuidado continuo.